

daron al fiel. El balancín no se inclinaba á derecha ni á izquierda y la aguja marcaba el fiel perfecto entre ambos pesos.

El banquero no daba crédito á sus propios ojos.

El glorioso Arcángel le dijo:

—Ya lo ves, Nicolás Nerli; no vales para el cielo ni para el infierno. ¡Anda, vuelve á Florencia! Multiplica los panes que diste con tu propia mano, de noche, sin que nadie te viera, y serás salvo. Pues no basta con que el cielo se abra ante el ladrón que se arrepintió y la prostituta que lloró. La misericordia de Dios es infinita: salvará hasta un rico. Sé tú ese. Multiplica los panes, cuyo peso puedes apreciar en mis balanzas. Vete.

Nicolás Nerli despertó en su lecho, y resolvió seguir el consejo del Arcángel y multiplicar el pan de los pobres para entrar en el reino de los cielos.

Durante los tres años que pasó en la tierra después de su primera muerte, fué piadoso con los desgraciados y gran limosnero.



A Eugenio Muntz.

## V

### EL ALEGRE BUFFALMACCO

*Buonamico di Cristofano detto Buffalmacco pittore Fiorentino, il qual fu discepolo d' Andrea Tafi, e come uomo burlesco celebrato da Messer Giovanni Boccaccio nel suo Decamerone, fu come si sa carissimo compagno di Bruno e di Calendrino pittori ancor essi faceti e piacevoli, e come si può vedere nell'opere sue sparse per tutta Toscana, di assai buon giudizio nell'arte sua del dipingere.*

*(Vite de' più eccellenti pittori, da M. Giorgio Vasari.—Vita di Buonamico Buffalmacco.)*

## I

### LAS CUCARACHAS

Durante su primera juventud, Buonamico Cristofani, florentino, apodado Buffalmacco por su alegre humor, hizo su aprendizaje en el estudio de Andrea Tafi, pintor y mosaísta. Pues bien, el Tafi era un hábil maestro. Habiendo ido á Venecia cuando Apolonio revestía de mosaicos los muros de San Marcos, sorprendió con astucia al-

gunos secretos que los griegos guardaban celosamente. De vuelta á su ciudad, se hizo tan famoso en el arte de componer cuadros mediante el ensamblaje de una infinidad de pedacitos de vidrio diversamente coloreados, que no podía satisfacer todas las demandas que se le hacían de este linaje de trabajos, y todo el día, desde mañanitas hasta vísperas, estaba ocupado en alguna iglesia, sobre un andamio, representando á Cristo muerto ó á Cristo en su gloria, á los patriarcas, á los profetas, ó la historia de Job ó la de Noé. Y como estaba igualmente interesado en pintar frescos con colores molidos, á la manera de los griegos, que era entonces la única conocida, jamás descansaba ni dejaba descansar á sus aprendices. Tenía costumbre de decirles:

—Los que como yo poseen hermosos secretos y sobresalen en su arte, deben de tener constantemente ocupado su espíritu y su brazo en los trabajos que ejecutan, para ganar mucho dinero y dejar perdurable memoria. Y si yo no me escatimo ningún afán, viejo y quebrantado como estoy, vosotros debéis de trabajar en mi servicio con todas vuestras fuerzas, que son nuevas, plenas é íntegras.

Y para que sus colores, sus pastas de vidrio y demás materias estuviesen preparadas desde primera hora, hacía que sus jóvenes aprendices se levantasen á media noche. Nada era tan penoso

como esto para Buffalmacco, que tenía costumbre de cenar abundantemente, y se complacía en correr las calles á la hora en que todos los gatos son negros. Acostábase tarde y dormía á pierna suelta, pues, sobre todo, tenía la conciencia tranquila. Así, cuando la voz agria del Tafi le despertaba en el primer sueño, volvíase del otro lado y se hacía el sordo. Pero el maestro no cesaba de llamarle. Forzado de la necesidad, entraba en el cuarto del aprendiz, le quitaba la ropa y echaba un jarro de agua por la cabeza del durmiente.

Rechinando los dientes y á medio vestir, Buffalmacco se marchaba á moler los colores al estudio negro y frío, y mientras molía y renegaba, iba pensando la manera de evitar en lo porvenir desgracia tan cruel. Durante mucho tiempo buscó sin encontrar nada de útil ni bueno; pero su ingenio no era estéril: una mañana muy temprano sintió germinar cierta idea provechosa.

Para ponerla en práctica esperó Buffalmacco que el maestro se marchase. Cuando vino el día, el Tafi, según costumbre, se metió en el bolsillo un frasco de vino de Chianti y los tres huevos duros que constituían su ordinario almuerzo, y, habiendo advertido á los discípulos que tuviesen mucho cuidado en fundir el vidrio, según las reglas, se fué á trabajar en la iglesia de San Juan, que es maravillosamente bella y construída por un admirable artífice á la manera antigua. Allí

disponía los mosaicos representando Angeles, Arcángeles, Querubines, Serafines, Potestades, Tronos y Dominaciones; las principales obras de Dios, desde la creación de la luz hasta el diluvio; la historia de José y de sus doce hermanos; la historia de Jesucristo, desde el momento en que fué concebido en el vientre de su madre hasta su ascensión al cielo, y, en fin, la vida de San Juan Bautista. Como ponía gran cuidado al incrustar las masillas de vidrio en el cemento y en ensamblarlas artísticamente, esperaba de esta gran obra y de esta multitud de figuras, provecho y gloria. Pues bien, tan pronto como el maestro hubo salido, Buffalmacco se dió prisa en preparar la treta que había concebido. Bajó á la cueva que, comunicando con la de un panadero, estaba llena de cucarachas atraídas por el olor de los sacos de harina. Es bien sabido que cucarachas y escarabajos pululan en las panaderías, posadas y molinos. Son éstos, bichos aplastados y malolientes que arrastran con torpeza sobre largas patas peludas su caparazón (1) amarillenta.

En tiempo de las guerras que ensangrentaron el Arbia y abonaron los olivos con sangre de gentileshombres, estos repugnantes animales tenían dos nombres en Toscana: Los florentinos

(1) Mejor fuera decir sus élitros. Caparazón es un término impropio, demasiado impropio. Trátase aquí de la eucaracha oriental difundida por Europa entera.

llamábanlos sieneses, y los sieneses los llamaban florentinos (1).

El buen Buffalmacco sonrió viéndolos avanzar como los minúsculos escudos de un tropel de caballeros enanos en una justa encantada.

—¡Oh! ¡oh! —exclamó—. Estos son unos tristes trasnochadores. No aman á la primavera y Júpiter les ha castigado por su apatía. Les ha condenado á rampar en la sombra, bajo el peso de sus alas inútiles, enseñando de este modo á los hombres que deben gozar de la vida en la estación de los amores.

Así soliloqueaba Buffalmacco, pues, como el resto de los humanos, se inclinaba á encontrar en la Naturaleza el símbolo de sus pasiones y de sus sentimientos, que consistían en beber, divertirse con hembras de bien y dormir su contento en una cama, caliente en invierno y fría en estío.

Pero como no había bajado á la cueva para meditar sobre divisas y emblemas, satisfizo en seguida sus deseos. Recogió hasta dos docenas de cucarachas, sin hacer distinción de edad ni sexo, y las echó en un saco que aposta trajo. Luego escondió el saco bajo su cama y entró en el taller donde sus compañeros Bruno y Calandrino pintaban, observando el dibujo del maestro, al buen

(1) En Rusia se les llama prusianos. En Prusia, rusos. En Francia, gazmoños (*cafards*).

San Francisco recibiendo las llagas, al mismo tiempo que discurrían sobre el modo de aquietar los celos de Memmi, el zapatero, cuya mujer era hermosa y complaciente.

Buffalmacco, que no era menos hábil que sus dos camaradas, subió á la escalera y se puso á pintar las alas del crucifijo séráfico que descendía del cielo para imprimir al Bienaventurado las cinco amorosas llagas. Puso gran cuidado en matizar el celeste plumaje con las más delicadas tintas del arco iris. Este trabajo le llevó todo el día, y cuando el viejo Tafi volvió de San Juan, se vió obligado á felicitar á su discípulo. Algún esfuerzo hubo de hacer, pues la edad y las riquezas le habían tornado hosco y desdeñoso.

—Hijos míos—dijo á sus aprendices—, estas alas están coloreadas con verdadero primor. Y Buffalmacco llegaría muy lejos en el arte de la pintura, si á ella se aplicase con más ahinco. Pero es un perdido que nada más piensa en el libertinaje, y sólo pueden realizarse grandes empresas con un trabajo obstinado. Y Calandrino, aquí presente, llegaría á ser por su aplicación maestro de todos vosotros, si no fuese un imbécil.

De esta suerte enseñaba el Tafi á sus discípulos, con justa severidad. Habiendo hablado con toda franqueza, fuése á la cocina para cenar un pescadillo salado; luego subió á su cuarto, metióse en el lecho y no tardó en roncar. Entre tanto,

Buffalmacco dió su acostumbrada vuelta por la ciudad en busca del vino barato y de las muchachas más baratas todavía. Luego volvió á su casa media hora antes del momento en que el Tafi tenía costumbre de despertar. Cogió el saco que había escondido bajo la cama y sacando las cucarachas una á una, con ayuda de agujas cortas y finas fuéles clavando candelillas de cera. A medida que iba encendiendo las candelas, dejábalas en el cuarto. Estos bichos son demasiado estúpidos para sentir el dolor, ó al menos para admirarse. Empezaron, pues, á moverse por el piso, con un paso que la sorpresa y un vago estupor hacía algo más rápido que de costumbre. En seguida empezaron á describir círculos, no porque esta figura sea perfecta, como dice Platón, sino por efecto del instinto que obliga á los insectos á girar en redondo para escapar á cualquier peligro desconocido. Buffalmacco observaba desde su lecho las evoluciones de las cucarachas, y celebraba su treta. Y en verdad que nada era tan maravilloso como estos fuegos imitando en pequeño la armonía de las esferas, tal como la han representado Aristóteles y sus comentaristas. No se veía á las cucarachas, sino á las luces que sustentaban y que parecían luces vivientes. En el momento de formar estas luces en la obscuridad del cuarto más ciclos y epiciclos que Ptolomeo y los árabes observaron siguiendo la marcha de los

planetas, la voz del Tafi se elevó agriada por la flema y por la cólera:

—¡Buffalmacco! ¡Buffalmacco!—gritó el buen hombre, tosiendo y esputando—. ¡Levántate, Buffalmacco! ¡Arriba, mala persona! Antes de una hora será día claro. Es necesario que las pulgas de tu cama sean Venus para que tardes tanto en dejarlas ¡Arriba, haragán! Si no te levantas corriendo, voy ahí y te arranco de los pelos y de las orejas.

Así es como el maestro llamaba cada noche á su discípulo, movido del gran interés que sentía por la pintura y el mosaico. No obteniendo contestación, se puso sus bragas sin perder tiempo en alargárlas más arriba de las rodillas, y se dirigió tropezando y cayendo al cuarto del aprendiz. Es lo que deseaba el buen Buffalmacco. Al ruido que promovían en la escalera los pasos del viejo maestro, el aprendiz convirtió la nariz hacia la pared y simuló dormir profundamente. Y el Tafi gritaba desde arriba:

—¡Muy bien, muy bien, señor dormilón! Ya sabré yo sacarle de su sueño, así esté ensoñando á toda prisa que las once mil Vírgenes se han metido en el lecho para rogarle que las eduque.

Diciendo esto, el Tafi empujó rudamente la puerta del cuarto.

Pero al ver los fuegos que circulaban por todo el suelo, se quedó inmóvil en el rellano de la es-

calera y todos sus miembros empezaron á temblar.

—No hay duda, son los diablos, pensó. Son diablos y espíritus malignos. Marchan con cierta noción de las matemáticas, en las cuales tengo entendido que son grandes autoridades. Los demonios tienen tendencia á odiar á los pintores, que los representan bajo formas horribles, al contrario de los ángeles, que los pintamos en la gloria, aureolados, abiertas sus alas resplandecientes. Este infeliz muchacho está rodeado de diablos, y yo cuento mil por lo menos alrededor de su camastro. Sin duda ha espantado al mismo Lucifer, del que hizo algún horroroso retrato. Es demasiado probable que estos diez mil diablillos salten sobre él y se lo lleven vivo al infierno. Tal es, indudablemente, el fin que le espera. ¡Ay! también yo he representado, en mosaicos ó de otra manera, á los diablos bajo villanas apariencias, y es muy posible que pretendan cargar conmigo.

Este pensamiento redobló su miedo y, levantándose las bragas, no osó afrontar á los cien mil duendes que había visto circulando con cuerpos de fuego, y descendió la escalera con toda la prisa de sus viejas piernas. Buffalmacco rió bajo sus ropas. Esta vez durmió hasta llegar el día, y desde entonces ya no osó el maestro en ir á despertarle.

## II

## LA ASCENSIÓN DEL TAFI

Andrea Tafi, florentino, que había sido escogido para decorar con mosaicos la cúpula de San Juan, estaba consumando á la perfección esta gran obra. Todas las figuras estaban tratadas á la manera griega, en la que fué instruído el Tafi durante su residencia en Venecia, donde había visto á algunos obreros ocupados en decorar los muros de San Marcos. Él mismo había llevado de esta ciudad á Florencia un griego llamado Apolonio, que poseía excelentes secretos para pintar con piedras. Este Apolonio era un hombre muy hábil y un espíritu muy sutil. Conocía las medidas que había de darse á las varias partes del cuerpo humano y los materiales que era necesario emplear para componer el mejor cemento.

Temiendo que el griego aportase su saber y destreza á cualquier otro pintor de la ciudad, Andrea Tafi no le abandonaba de día ni de noche.

Todas las mañanas le llevaba á San Juan, y le acompañaba todas las noches hasta su casa, frente á San Miguel, haciéndole acostarse á la vez que sus aprendices, Bruno y Buffalmacco, en un cuarto solo separado por un tabique del cuarto donde él mismo dormía. Y como faltaba medio pie para que el tabique llegase hasta las vigas del techo, oíase en cada pieza lo que en la otra se decía.

Pues bien; el Tafi era hombre piadoso y de buenas costumbres. No se parecía en nada á esos pintores que, al salir de las iglesias donde han representado á Dios creando el mundo y á Jesús en brazos de su bienaventurada Madre, van á las casas de escándalo para jugar á los dados, sonar la trompa, beber vino y acariciar á las muchachas. Tafi se había contentado siempre con su buena mujer, por más de que el Creador no la hubiera hecho ni adornado con todas aquellas cosas necesarias para alegrar grandemente á los hombres. Era una persona muy seca y áspera. Y luego que Dios la hubo sacado de este mundo para recibirla en su seno, según su misericordia, Andrea Tafi no escogió otra mujer para esposa ni para nada. Observó, pues la continencia que convenía á su mucha edad, le escatimó desgastes y cuidados, y halagó al Señor que recompensa en el otro mundo las privaciones que se sufren en éste. Andrea Tafi era casto, sobrio y de buenos propósitos.

Recitaba exactamente sus oraciones, y, acosta-

do en el lecho, no se dormía jamás sin haber invocado á la Santa Virgen, de la manera siguiente:

—Virgen Santa, madre de Dios, que por vuestros méritos habéis sido transportada viva al cielo, tendedme vuestra mano llena de gracias, para elevarme hasta el santo paraíso donde estáis sentada en silla de oro.

El Tafi no barboteaba esta invocación entre los pocos dientes que le quedaban. La pronunciaba con voz bien fuerte y distinta, creyendo, según el común decir, que el tono hace á la canción, y que es preciso gritar para ser escuchado. Y lo cierto es, que la oración del maestro Andrea Tafi era oída todas las noches del griego Apolonio y de los dos jóvenes florentinos, que se acostaban en la pieza próxima. Pues bien; se dió el caso de que Apolonio era de humor chistoso, semejante en esto á Bruno y á Buffalmacco. Los tres sentían fuertes comezons de hacerle una picardía al maestro, que aparentaba ser hombre justo y temeroso de Dios; pero que en el fondo era avaro y duro. Por esta razón aconteció una noche que, habiendo oído al pobre hombre dirigir su habitual oración á la Santa Virgen, los tres compañeros empezaron á reir bajo las cubiertas de la cama y á mofarse grandemente. Y, cuando le oyeron roncar, preguntáronse en voz baja qué burla podrían hacerle. Conociendo el gran miedo que el viejo sentía por el diablo, Apolonio propuso ir vestidos

de rojo, cornudos y enmascarados, á sacarle del lecho, tirándole de los pies. Pero el buen Buffalmacco le habló como sigue:

—Tengamos cuidado de prevenirnos mañana con una cuerda y una polea, y os prometo para la noche inmediata una agradable diversión.

Apolonio y Bruno estaban intrigados por saber de qué servirían la garrucha y la cuerda; pero Buffalmacco no quiso decirles nada. No obstante, prometieron procurarles lo que deseaba; pues sabían que era el ingenio más travieso del mundo y el más fértil en alegres invenciones, por lo cual le llamaban Buffalmacco. Y, en verdad, ideaba tales disparates, que de ellos se han hecho luego cuentos.

No teniendo ya motivo que les mantuviese en vela, los tres amigos se durmieron bajo la luna, que mirando por la claraboya, volvía la fina punta de sus cuernos hacia el lado del viejo Tafi. El sueño no les abandonó hasta el amanecer, cuando el maestro golpeó rudamente con el puño en el tabique y gritó, tosiendo y esputando, como era su costumbre:

—¡Arriba, maestro Apolonio! ¡Arriba los dos aprendices! Ya es de día. ¡Febo ha soplado en la hoguera celeste! ¡De prisa! El tiempo es corto y el trabajo largo.

En seguida amenazaba á Bruno y Buffalmacco de ir á despertarlos con un jarro de agua fría. Y les decía burlescamente:

—Me parece que os gusta mucho la cama. ¿Se ha metido en ella la dama de Barbanique, cuando tanto sentís el dejarla?

Luego se puso sus bragas y su viejo jubón. Al salir del cuarto se encontró en el rellano á los compañeros completamente vestidos y cargados con los menesteres del oficio.

En el hermoso San Juan, sobre el andamio que se elevaba hasta la cornisa, se trabajó aquella mañana con toda el alma. Desde hacía ocho días, el maestro se esforzaba en significar á los ojos, según las reglas del arte, el bautismo de Jesucristo. Había empezado poniendo peces en las aguas del Jordán. Apolonio preparaba el cemento con betún y paja picada, pronunciando palabras de él sólo sabidas; Bruno y Buffalmacco escogían las piedras que convenía emplear y el Tafi las colocaba conforme al modelo trazado en una pizarra que tenía delante. Pero, cuando el maestro más ocupado estaba en esta obra, los tres compañeros descendieron listamente de la escalera y salieron de la iglesia. Bruno fué extramuros, á casa de Calandrino, en busca de una polea que servía para subir el trigo al granero. Apolonio se marchó á Rípoli, á casa de la vieja esposa de un juez, á la que había ofrecido un filtro para atraer enamorados, y como le hiciese creer que el cáñamo era necesario para componer el filtro, ella cogió la cuerda del pozo y se la entregó.

Los dos amigos se dirigieron en seguida á casa del Tafi, donde encontraron á Buffalmacco, que se dispuso en seguida á fijar sólidamente la polea en la viga maestra del techo, por encima del tabique que separaba ambos cuartos, el del maestro y el de los aprendices. Luego, habiendo pasado por la polea la cuerda del pozo, dejó colgar un cabo en su cuarto, y fué al del Tafi para atar la cama por las cuatro esquinas. Tuvo buen cuidado de esconder la cuerda entre las ropas, de modo que no pudiera sospecharse nada. Cuando esto estuvo hecho, los tres compañeros regresaron á San Juan.

El maestro, que en el ardor del trabajo apenas había notado su ausencia, les dijo gozoso:

—Reparad en que estos peces brillan de diversos colores, y particularmente de oro, de púrpura y de azul, cual conviene á la raza de los monstruos que pueblan el Océano y los ríos, y cuyo brillo es tan maravilloso porque fueron sumergidos los primeros en el imperio de la diosa Venus, según dice la fábula.

El maestro discurría en esta materia lleno de gentileza y de buena doctrina; pues era hombre de saber é ingenio, aunque de humor negro y asperísimo, sobre todo cuando su pensamiento se ejercitaba en cuestiones de lucro. Y seguía diciendo:

—¿No es un arte hermoso y digno de alaban-

zas el del pintor, con el cual se adquieren riquezas en este mundo y la felicidad en el otro? Porque es muy cierto que Nuestro Señor Jesucristo recibirá con reconocimiento en su santo paraíso á los obreros que, como yo, hiciesen su verdadero retrato.

Y el Tafi se congratulaba de ejecutar esta gran obra en mosaicos, de la que aún pueden verse hoy algunos restos. Y cuando la noche vino á borrar en la iglesia formas y colores, abandonó con sentimiento el río Jordán y tomó el camino de su casa. Cenó en la cocina dos tomates y un poco de queso, subió á su cuarto y desnudándose sin luz se metió en la cama.

Apenas acostado, dirigió á la Virgen su oración habitual:

—¡Virgen santa, madre de Dios, que por vuestros méritos habéis sido transportada viva al cielo, tendedme vuestras manos llenas de gracias, á fin de elevarme hasta el santo paraíso!

Es el momento que estaban esperando en el cuarto próximo los tres compañeros.

Cogiendo el cáñamo que colgaba de la polea á lo largo del tabique, apenas hubo el pobre hombre rematado su oración, cuando á un signo de Buffalmacco tiraron de la cuerda tan vigorosamente, que el lecho empezó á elevarse. El maestro Andrea, sintiéndose izado sin saber por qué medio, se le metió en la cabeza que la Santa Vir-

gen había escuchado su ruego y le llamaba al cielo. Su miedo fué tanto, que empezó á exclamar con voz temblorosa:

—¡Quieta, quieta, Señora! Yo no he pedido que fuese tan pronto.

Y como el lecho seguía subiendo á consecuencia de la cuerda que se deslizaba por la garrucha, el viejo suplicó lamentablemente á la Virgen María:

—¡Buena señora, no tiréis así! ¡Por Dios! ¡Dejadme, dejadme! ¡Yo os lo suplico!

Pero ella no parecía oírle. Por lo cual se enfadó mucho, y gritó:

—Es necesario que estéis sorda ó que tengáis la cabeza de madera. ¡Dejadme pronto, *Sporca Madonna!*...

Viendo que le faltaba poco para tocar en el techo, aumentó su espanto, y dirigiéndose á Jesús, le rogó que hiciese entrar en razón á su Santa Madre. Hacía tiempo—le dijo—que había renunciado á esta desdichada ascensión. Pecador é hijo de pecadores, no podía subir al cielo antes de tener perfectamente rematados el Jordán, sus olas y peces, y la historia de Nuestro Señor. Entretanto, el cielo de la cama casi tocaba ya en las vigas del techo. Y el Tafi gritaba:

—Jesús, si dejáis suelta á vuestra Santa Madre un momento más, la techumbre de esta casa, que me ha costado muy cara, se romperá indudable-